

El comparatismo como problema: una introducción

Adrián Gorelik

Universidad Nacional de Quilmes

Esta presentación debería comenzar dando explicaciones por el subtítulo presuntuoso elegido para el encuentro: “Por un enfoque transnacional para la historia cultural latinoamericana”. Más que dar cuenta de un proyecto efectivo o imponer una consigna para una causa colectiva, ese subtítulo busca hacer patente una necesidad creciente entre nosotros, la de una historia capaz de sobrepasar y cuestionar los universos de referencia estrechamente nacionales con los cuales construimos, por lo general, y no sólo en la Argentina, nuestros objetos de estudio. Es una necesidad que quizás haya estado abonada, incluso, por la propia consolidación de nuestro campo académico en las últimas décadas, con su avance notable en los temas de la historia nacional que, por simple oposición, deja al descubierto la debilidad de los estudios latinoamericanos.¹ Y que comienza a materializarse en algunos proyectos de investigación, en algunos libros que aparecieron recientemente o en encuentros como éste, que buscan nuevos marcos de referencia latinoamericanos.²

El problema reside en que en esa búsqueda el comparatismo aparece inmediatamente como una cuestión tabú, al mismo tiempo imprescindible y vergonzante: como reflejo necesario que en el mismo acto de su realización, decepciona. La evidencia de que es un reflejo necesario aparece ya en los mejores trabajos que se concentran en temas nacionales, en los cuales entender qué ocurre con el tema en estudio en otros casos nacionales, o en un contexto regional más amplio, es una condición de extrañamiento básica, un requisito clásico para comprender mejor la propia historia, ponderando más, por ejemplo, lo que ella tiene de específico y lo que no. Pero, por otra parte, el repliegue deceptivo está siempre al acecho: recuerdo una frase muy ingeniosa de Lúcia Lippi de Oliveira, en un encuentro sobre historia comparada Brasil-Argentina, en que decía que los mejores trabajos comparatistas suelen ser muy satisfactorios en la parte que tratan el “otro” caso nacional, el que uno menos conoce, pero que

¹ En un artículo reciente, Juan Manuel Palacio analizó críticamente el campo historiográfico argentino desde la óptica de la ausencia de la perspectiva latinoamericana; cf. “Una deriva necesaria. Notas sobre la historiografía argentina de las últimas décadas”, *Punto de Vista*, N° 74, Buenos Aires, diciembre de 2002.

² En este sentido, cabe señalar que el antecedente inme-

diato de este coloquio fue el Encuentro de la red de estudios de historia y cultura, “Contactos culturales: viajes, traducciones y transculturaciones en (y entre) Brasil y Argentina”, que organizó nuestro Programa de Historia Intelectual con la Fundación Centro de Estudos Brasileiros (con el auspicio de la Universidad de Nueva York en Buenos Aires) en noviembre de 2001, y en el que participaron muchos de los aquí presentes.

cuando llega el turno del caso más conocido para uno se introduce un desajuste incómodo, ya que, incluso en los trabajos más logrados, “es posible reconocer la melodía, pero con la penosa sensación de que está en un tono equivocado”.³

Es decepcionante, además, porque es muy frecuente que muchos análisis diluyan, bajo la voluntad comparatista, la diferencia, diluyendo también las especificidades en pos de una unidad que produce objetos fantasmáticos, que no responden bien a ninguna de las características que los mejores especialistas nacionales identifican para sus propios casos, o que sólo responden a las que mejor conoce el autor, en función de las que integra forzosamente el resto en un paisaje homogéneo, pero irreconocible. Esto ocurre con claridad en las “historias generales” que “ponen en paralelo” las historias culturales en América Latina, unificando el variado arco de experiencias a través de los *ismos* que justamente las mejores historiografías nacionales han venido corroyendo. En este sentido, la sensación es que el comparatismo nos coloca siempre un paso más atrás de lo alcanzado por nuestras historiografías respectivas.

Pero hay otros obstáculos para el trabajo comparatista: en el libro *Antropología, Impérios e Estados Nacionais*, organizado por Federico Neiburg, Benoit de L’Estoile y Lygia Sigaud, se lee que para escribir, los autores adoptaron la regla de Max Weber: que lo que se cuenta pueda ser aceptado como válido –y, podríamos agregar nosotros, pueda ser *comprendido*– “por un chino”, es decir, “alguien que no parte de ninguno de los implícitos y de las convenciones admitidas por el sentido común erudito de un determinado universo

social”.⁴ Parece un prerrequisito básico para cualquier trabajo que, abordando cuestiones comparativas, busque también interpelar a un público más amplio que el que supone una “lectura nacional”. Sin embargo, a esa afirmación se opone, podríamos decir, la tradición más fuerte en la crítica intelectual argentina, marcada por una revista que en su propio nombre, como señaló muchas veces Carlos Altamirano, implantó un tipo de compromiso excluyente con el propio medio cultural: *Contorno*. ¿Cómo cavar en profundidad para desmontar los supuestos constitutivos de una cultura específica (nacional), si al mismo tiempo la escritura debe ser inteligible para quienes no participan de ella y apenas la conocen? ¿Es posible superar ese obstáculo sin perder el filo crítico o histórico, sin caer en la superficialidad neutra de los “latinoamericanistas profesionales” –esa categoría que, como bien señala Renato Ortiz, sólo se aplica a quienes trabajan fuera de América Latina, por lo general en la academia norteamericana?⁵ O, mejor, ¿se puede mantener la tensión intelectual demandada por la “tradición Contorno”, abordando objetos de fronteras más amplias que aquellos que suponen la inserción profunda y comprometida que naturalmente garantiza “lo nacional”?

La posibilidad de responder afirmativamente radica en definir si puede existir un campo intelectual (en sentido laxo, como campo de interlocución y debate) más amplio que el definido por las fronteras nacionales (o a veces, como por lo general ocurre en la Argentina, por las de una sola ciudad). Es decir,

³ Intervención en el panel “História Brasil-Argentina, enfoques comparativos e paralelismos históricos”, en AA.VV., *Brasil-Argentina: A visao do Outro*, Brasilia, FUNCEB-FUNAG, 2000.

⁴ Benoit de L’Estoile, Federico Neiburg y Lygia Sigaud, “Antropología, impérios e estados nacionais: uma abordagem comparativa”, en idem, *Antropología, Impérios e Estados Nacionais*, Río de Janeiro, Relume Dumará, 2002.

⁵ Renato Ortiz, “Estudios culturales, fronteras y traspasos. Una perspectiva desde Brasil”, *Punto de Vista*, N° 71, Buenos Aires, diciembre de 2001.

si puede pensarse América Latina, o alguna de sus regiones, como campo cultural común. Una respuesta en perspectiva histórica nos señalaría que no hay una sola respuesta. O, mejor, que América Latina existió como un campo efectivo en particulares coyunturas en las que se volvió un *espacio público*, es decir, una arena común y una agenda compartida para un nutrido grupo de intelectuales (posiblemente, la coyuntura por antonomasia de esa situación excepcional son los “14 años prodigiosos” entre la Revolución cubana y el golpe a Salvador Allende, que estudió magníficamente Claudia Gilman en *Entre la pluma y el fusil*, mostrando la existencia de “intelectuales latinoamericanos” como un objeto histórico).⁶ Pero fuera de esas coyunturas históricas, la figura del intelectual latinoamericano aparece como una figura trágica, a la búsqueda de una tensión cultural que no tiene garantizado el espacio público propio en el cual encarnar y desarrollarse.

Creo que el comparatista *desde* América Latina ha asumido históricamente ese lugar imposible, constituyéndose como intelectual a partir del desafío de producirlo (de producir América Latina, es decir, su propio objeto de estudio, inconfundible entonces con su *causa*). Leyendo un artículo reciente de George Steiner sobre Eric Auerbach, en el que define al comparatista europeo clásico (exiliado, refugiado político, casi siempre judío), tuve la tentación de hacer una caracterización similar de la categoría “comparatista latinoamericano”. Como mínimo, el factor exilio sería común a ambos, pero en el comparatista latinoamericano es fácil encontrar, más que el apego a una tradición que debe ser preservada de la barbarie (situación representada paradigmáticamente por la escritura de *Mimesis*

en las condiciones del exilio y la guerra), cierto voluntarismo político que aparece con claridad en la siguiente consigna de Ángel Rama, recordada hace poco por Gonzalo Aguilar: “América Latina sigue siendo un proyecto intelectual vanguardista que espera su realización concreta”.⁷ No he avanzado más en esa caracterización (no sé si podría hacerlo), pero hasta aquí ya es suficiente para comprender el obstáculo que encierra este programa latinoamericanista, de tan claras resonancias constructivas, que plantea en sí mismo la voluntad y el límite de un proyecto comparatista en América Latina. La voluntad y el límite puestos por la definición estrictamente ideológica del objeto de estudio (y no cabe duda de que el modo en que ahora podemos acercarnos a estos problemas está vinculado con el ocaso de esa voluntad ideológica, que en todo caso podemos estudiar históricamente, pero difícilmente revivir).

De todos modos, el obstáculo mayor, en el nivel de los instrumentos analíticos y de los saberes disciplinares, que ha colocado al comparatismo en este lugar tan difícil de sostener, pero tan necesario de revisar, es la crisis de las dos principales tradiciones en que se desarrolló, la tradición literaria y la tradición sociológica. No es posible presentar aquí, ni siquiera de modo sucinto, las características, las causas o las consecuencias de esas crisis. Digamos simplemente que la tradición comparatista literaria se sostenía, entre otras cosas, en la idea de *canon*, justamente una de las nociones más combatidas en las últimas décadas (de hecho, como resultado de esas críticas, “literaturas comparadas” se ha convertido, en muchos centros académicos de América Latina, en un eufemismo por “estu-

⁶ Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

⁷ Gonzalo Aguilar, “Ángel Rama y Antonio Candido: salidas del modernismo”, en Raúl Antelo (ed.), *Antonio Candido y los estudios latinoamericanos*, Pittsburgh, Serie Críticas, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Universidad de Pittsburgh, 2001.

dios culturales”). Y que la tradición comparatista de raíz sociológica (en la historia social o económica, por ejemplo), que establecía comparaciones sobre la base de variables fuertes (desarrollo económico, urbanización), se sostenía necesariamente en teorías igualmente fuertes (de la modernización, de la dependencia), cuya crisis no hace falta relatar.

Este obstáculo doble es, por ahora, irremontable. Pero creo que en estos últimos años se ha estado trabajando en caminos analíticos que permiten eludirlo, no tanto porque compartan todas las críticas que han puesto en crisis a esas tradiciones, sino porque construyen otro lugar desde donde interrogar cuestiones y objetos de escala latinoamericana o, al menos, supranacional; en verdad, sería mejor decir que se trata de caminos analíticos cuya perspectiva permite construir cuestiones y objetos que antes no podían ser visualizados, ni por las historiografías nacionales ni por las tradiciones comparativas. Y que de este modo proponen otro modo de aproximación a Latinoamérica, digamos, sin “latinoamericanismo”. No me propongo hacer un relevamiento exhaustivo de esa producción reciente, sino simplemente plantear, como introducción a este seminario, dos modalidades que me parecen centrales en esta renovación de perspectivas historiográfico-culturales.

El primer camino es, propiamente, el de la construcción de objetos supra o transnacionales. Es decir, la delimitación de problemas o de zonas de historicidad cuyo pasado no es necesariamente nacional o no se agota exclusivamente en lo nacional. Esto es muy claro en el libro de Claudia Gilman: la figura del escritor radicalizado, sus conflictos y sus límites en las décadas de 1960 y 1970, es una figura que sólo aparece si se la piensa dentro de la “familia” del “escritor latinoamericano”. Una “familia” creada en esos años a través de una enorme cantidad de iniciativas editoriales, revistas que se proponían a escala continental, encuentros de escritores, etc.,

que Gilman releva y analiza con tanta exhaustividad como agudeza.

También es claro de un modo muy diferente en el libro de Susana Zanetti, *La dorada garra de la lectura*, donde se propone la figura del “lector latinoamericano”, multiplicando los enfoques sobre la literatura y reconstruyendo el itinerario continental de algunos clásicos, como *María*, cuyo recorrido minucioso le permite a la autora poner en diálogo culturas diferentes, nacionales y sociales, a lo largo de un extenso período.⁸ El caso de Zanetti es muy interesante (y espero que se me disculpe si enfoco, como lego, cuestiones del libro que quizás sean poco centrales para los expertos en literatura latinoamericana), porque podríamos decir que ella es una de las últimas “latinoamericanistas” en el sentido fuerte: es decir, es evidente que su libro tiene confianza en la existencia de América Latina como entidad anterior a cualquier tarea autoasignada por un núcleo de intelectuales en una coyuntura determinada (en verdad, Susana Zanetti podría servir como objeto de estudio para entender, desde el punto de vista que estamos proponiendo, qué es Latinoamérica). Sin embargo, también es evidente que el libro es, al mismo tiempo, un campo de batalla en que la autora procesa, con una penetración admirable, la crisis de la “literatura latinoamericana”, que le resulta también ineludible. De modo que a lo largo del libro asistimos a una tensa, aunque no explícita, revisión de los instrumentos de los que el latinoamericanismo se valió en las últimas décadas, y a una ambivalencia enormemente productiva respecto de la necesidad de un canon, ya que la conciencia de su irreducible dificultad se debate con el propio implícito de un libro como éste (¿cómo se consti-

⁸ Susana Zanetti, *La dorada garra de la lectura. Lecturas y lectores de novela en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2002.

tuiría un “clásico latinoamericano” sin la posibilidad de constituir un canon?).

Por fuera de la literatura, podría mencionar, sólo porque se trata de un caso que tengo bien a mano, mi investigación actual sobre la “ciudad latinoamericana”, no entendida ésta como un objeto existente en la realidad (ya que sería muy difícil igualar bajo esa categoría realidades urbanas tan diferentes como las que existen en el continente), sino como una figura del pensamiento social, una figura que existió con enorme productividad entre fines de la década de 1940 y fines de la de 1970, con fuerte protagonismo en el armado de las agendas de las nacientes ciencias sociales. Es decir, se trata de comprender un objeto histórico, que funcionó como figura de la imaginación social y política en ese período, constituyendo un tipo de discurso, un tipo de intelectual y un campo específico de estudios de escala continental. No voy a extenderme aquí en las premisas de esta investigación, pero sí me parece pertinente en este contexto subrayar una de las principales: que la “ciudad latinoamericana” existe en ella no como una ontología, sino porque se reconoce un período histórico en el que determinadas figuras intelectuales o políticas producen redes culturales que se autorreconocen como latinoamericanas y constituyen de ese modo América Latina como una realidad específica. Se trata de una de las consecuencias de esta construcción de objetos supranacionales: la posibilidad de entender los momentos en que América Latina (o cualquiera de sus regiones) existió como realidad histórica e historizable.

El segundo camino ya se vislumbra en algunas de las cuestiones que se abordaron en los ejemplos del primero, pues se trata de caminos sólo deslindables programáticamente: es el de la historización de los contactos culturales. Es decir, la historización de episodios específicos en que diversas culturas latinoamericanas (en plural, como culturas nacionales, pero también como culturas diversas

dentro de cada nación y cada región) han entrado efectivamente en contacto (a través de viajes de intelectuales o artistas, de exilios, de congresos, de iniciativas culturales comunes, de traducciones, etc.), produciendo intentos efectivos de constitución de redes culturales de extensión regional o continental. Frente a la tradicional tendencia de poner en vinculación, punto a punto, cada cultura nacional con sus referentes “centrales”, europeos o norteamericanos, se trata de percibir la existencia de redes locales, con diferentes puntos de contacto, que en determinados episodios históricos van constituyendo una trama propia de procesamiento regional de aquellos otros contactos culturales centro-periferia. Es un camino que cuestiona la clásica noción de “influencia”, y que si adopta en cambio la perspectiva transculturizadora lo hace simplemente para producir el nuevo escenario supranacional en el que aquellos contactos puedan volverse visibles. Como dije, los libros de Gilman o Zanetti y el propio estudio de la “ciudad latinoamericana” están poblados de ejemplos de estos contactos, encuentros entre escritores, empresas comunes, etc. Pero un ejemplo más específico y verdaderamente notable de esta modalidad lo constituye el también reciente libro de Gustavo Sorá, *Traducir el Brasil*.⁹ Sorá realiza una verdadera socio-antropología de la traducción, que es una socio-antropología de los contactos culturales, ya que la traducción se entiende en el libro como una empresa cultural que involucra no sólo viajes y desplazamientos de ideas o políticas, sino el estudio de “personas concretamente situadas en operaciones de transferencia de autores y obras entre el Brasil y la Argentina”. Es notable su trabajo de relevamiento de archivos y de construcción conceptual del lugar que le cabe

⁹ Gustavo Sorá, *Traducir el Brasil. Una antropología de la circulación internacional de ideas*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2003.

a la traducción en el armado de las identidades nacionales de los dos países, produciendo un estudio magnífico de los factores determinantes de la circulación internacional de las ideas (y es importante el modo en que en el libro se subraya este aspecto *internacional*, ya que, en definitiva, todo contacto cultural en la modernidad pone en evidencia el marco internacional en el que funcionan las culturas nacionales, premisa que ningún comparatismo debe olvidar). No se nos escapa que es un enfoque que se ubica en el punto más débil, podría decirse, del contacto cultural, el punto tradicionalmente despreciado por las visiones esencialistas de la cultura, ya que para ellas la traducción sería un tipo de contacto “espúreo”, en el que meramente se propone verter –en los términos más neutros posibles– los “contenidos” de una cultura en el molde de otra. Sin embargo, Sorá muestra cómo las operaciones de traducción encuentran significado en el punto de encuentro y fricción, iluminando ambas culturas en su inserción internacional. Con una orientación muy diferente, pero igualmente iluminadora, también aparece una relectura del rol tradicional asignado a la traducción en la tesis de Patricia Willson sobre las traducciones del grupo Sur en la Argentina, demostrando que se trató de piezas clave en la definición de los programas literarios de autores clave como Ocampo, Borges y Bianco y en la propia reorganización del campo literario argentino: mostrando que las traducciones son parte inescindible del sistema literario que traduce.¹⁰

¹⁰ La tesis acaba de salir publicada. Cf. Patricia Willson, *La constelación del sur. Traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004. Conviene señalar aquí que, contradiciendo el modo en que las pongo en vinculación en mi texto, en la ponencia de Gustavo Sorá se alude críticamente a la perspectiva de Willson, pero yo creo entender que, más allá de polémicas disciplinarias, están lejos de ser contrapuestas, e iluminan de modo extraordinario zonas complementarias de la operación de traducción.

En verdad, podría pensarse que esta presentación de dos modalidades de enfoques transnacionales para la historia cultural es un modo de eludir la discusión sobre el comparatismo. Sin embargo, la importancia ineludible del tema surge al comprobar que en cada una de estas modalidades están necesariamente supuestos diferentes grados y procedimientos de comparación. Porque dentro de la posibilidad de entender cabalmente un proceso de contacto cultural, por ejemplo, está implícito el conocimiento comparativo de las culturas que lo protagonizan. O si construimos un objeto supranacional, como la “cuenca del Paraná-Paraguay” (esa especie de *Mediterráneo* o *Danubio* del Cono Sur que siempre imaginamos con Graciela Silvestri como una de las empresas más fascinantes en una historia cultural de la región), ¿cómo realizarlo sin un profundo conocimiento comparativo de las modalidades en que cada cultura produjo el relato nacional de “su parte” (especialmente porque, como en toda zona de borde, es la propia cuestión de la nacionalidad lo que entra en juego en la construcción de esos relatos)? Ya que los objetos que permiten componer “historias latinoamericanas” requieren siempre de una revisión exhaustiva de las historiografías nacionales que los descompusieron, en tanto aparecían como ratificadores de una identidad propia, excluyente.

Bien, éstas son apenas algunas cuestiones que comienzan a delinear el horizonte de una discusión sobre el comparatismo, posible y necesaria.

Postscriptum: sobre la organización del Dossier

Una breves anotaciones finales, escritas mucho después del Encuentro, con todos los materiales a la vista, parecen necesarias para explicar algunos criterios de organización de este Dossier.

En primer lugar, la lamentable ausencia de los comentarios y los debates. Es sabido que lo que vuelve productivo un encuentro académico es, muchas veces, todo lo que rodea las ponencias, más todavía en un encuentro como éste, de formato pequeño, seminarial, muy propicio para los intercambios polémicos. En ese sentido, fue fundamental el trabajo de las relatorías y los comentarios, que tomaron a su cargo la tarea más ardua, la de dar sentido, iluminando relaciones de los trabajos entre sí y con problemáticas teóricas o historiográficas; gracias a la tarea desempeñada por Andrea Giunta, Mariano Plotkin, Carlos Altamirano y Oscar Terán, y por muchos de los asistentes que participaron de los debates, se pudo construir ese clima especial, que nos hizo sentir a todos durante dos días que estábamos protagonizando un encuentro especialmente productivo. Pero la edición de los comentarios y de las polémicas hubiera vuelto muy largo este Dossier, sin contar la dificultad intrínseca a su carácter las más de las veces fragmentario y plural (obstáculo ampliado, en este caso, porque una buena parte de los intercambios cruzaron también el castellano con el portugués, dificultando la desgrabación). Pido disculpas, entonces, por esta ausencia. Apenas como ejemplo de su filo, de todos modos, no quiero dejar de citar dos comentarios críticos a mi propio texto introductorio. El de Carlos Altamirano, que, contra mi réquiem anticipado, planteó que el comparatismo en América Latina no había dejado de existir ni estaba a la espera de ninguna reanimación, poniendo como muestra de ello la nueva historiografía sobre el republicanismo, especialmente la realizada en la estela de la producción de François-Xavier Guerra, que no sólo permitió una comparación entre las diferentes naciones americanas, sino entre ellas con España, dando, gracias a la perspectiva comparatista, una nueva visión del proceso político de los siglos XVIII y XIX. Y el de Elías Palti, que planteó la in-

congruencia entre el título y el subtítulo del Encuentro, es decir, entre el comparatismo y los enfoques transnacionales, proponiendo al mismo tiempo una distinción y la necesidad de la superposición de lo transnacional con lo comparativo, como modo de combatir la tendencia a la esencialización de cada cultura nacional, que acecha, paradójicamente, dentro de la empresa comparatista.

En segundo lugar, una explicación sobre los textos sí publicados. En todos los casos se han reproducido las versiones enviadas por los autores luego del Encuentro. El texto enviado por Sergio Miceli trata un tema diferente del de su ponencia, ya que en el Encuentro le pedimos que presentara su último libro (*Nacional Estrangeiro*), que no tenía mucho sentido publicar en este Dossier. Él decidió entonces enviarnos un avance de su actual investigación comparativa sobre las vanguardias argentina y brasileña, que tiene todo que ver con el tema, aunque, lamentablemente, no pudo formar parte de la discusión. Respecto de la forma, algunos autores han preferido mantener el carácter coloquial de sus ponencias, mientras que otros han enviado textos más formalizados como artículos, dando lugar a una variedad que pareció importante preservar. Porque, en todo caso, da cuenta de la variedad más profunda, tanto en el nivel de desarrollo de los trabajos (en general, los textos más formalizados son los que abordan un tema investigado por el autor, mientras que los otros presentan investigaciones en curso y someten a discusión hipótesis todavía preliminares), como en los enfoques con que cada uno asume la labor comparatista: hay trabajos que comparan objetos diferentes en diferentes culturas nacionales, otros que comparan un mismo problema en diferentes países, y otros que proponen construir objetos supranacionales o estudiar redes y formaciones culturales transnacionales. Todos, eso sí, se han dado a la tarea de indagar, en el marco de su propia investigación,

sobre los procedimientos y los problemas implícitos en el ejercicio comparativo que proponen.

Tomando estas cuestiones en cuenta, el Dossier propone un orden de los textos diferente del orden en que fueron presentados. Comienza con los trabajos que enfocan claramente en un objeto de investigación, ordenados de acuerdo con la ubicación cronológica de sus objetos, seguidos por los trabajos que proponen reflexiones más generales, no tan ceñidas a un objeto o a una cronología, cerrando con el texto de Fernando Devoto

que es todo él una reflexión historiográfica sobre el comparatismo, como problema en sí.

Las ponencias reunidas, entonces, además de sus valores intrínsecos, tienen el enorme interés de ofrecer un abanico muy amplio de abordajes –lo que explica, por supuesto, la productividad de las discusiones que habilitaron–, como un laboratorio de posiciones sobre el comparatismo, que a esta altura ya aparece claramente como un eufemismo para la pregunta que subyace a todas: ¿cómo reponer la dimensión latinoamericana en las prácticas renovadas de la historia cultural? □